
la ciencia. Poco importa. Como un demiurgo logró hacerla existir. No como un ente muerto sino como el ser vivo en el que nos convertimos cuando leemos nuestro propio historial a través de su mirada. Decir que Fernand Braudel es un historiador es una reducción. Braudel logró hacer de la historia no solamente una técnica rigurosa para resucitar el pasado, sino un arte para inventar el presente.

Braudel logró hacer de la historia no solamente una técnica rigurosa para resucitar el pasado, sino un arte para inventar el presente.

Traducción de Sergio Perelló
Tomado de *Le Magazine Littéraire*.

Un déspota sonriente

Pierre Goubert

El historiador Fernand Braudel murió en Saboya, la noche 27 al 28 de noviembre de 1985, tras una intervención quirúrgica. Tenía ochenta y tres años. Miembro de la Academia Francesa y profesor honorario del Colegio de Francia fue, junto con Marc Bloch y Lucien Febvre, uno de los fundadores de la "historia nueva" e impulsó, durante más de treinta años, la escuela de *Annales*.

"Amé apasionadamente al Mediterráneo, sin duda porque provine del Norte, como tantos otros, después de tantos otros. Le habría de consagrar con alegría largos años de estudio —que resultaron en mí un poco más que toda mi juventud". Escritas en 1946, estas fueron las primeras líneas de aquel libro de 1160 páginas titulado *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Como él, los que vinieron de Lorena o de otros lugares elogiaron al *Mediterráneo* como historiadores, fascinados por este libro extraordinario y novedoso, tan sorprendente y encantador como su autor. Yo no puedo releerla en mi viejo ejemplar, desgastado y manchado, sin admirar su profundidad y su fluidez, y sin escuchar esa voz musical y aterciopelada, en donde el violonchelo alterna con la flauta transversa.

Este *Mediterráneo* de la primera edición —porque fue corregido, tarea que sólo él pudo afrontar y mejorar— fue un logro y un punto de partida, simultáneamente. Entender esto es básico para comprender a este hombre, infinitamente más complejo y especial de como lo presentaron comúnmente los llamados medios de comunicación.

Pasaba las vacaciones escolares recorriendo los archivos mediterráneos.

Nació en Lorena, estudió en París, hijo de un director de escuela primaria, de quien hablaba en raras ocasiones pero con una emoción contenida. Alumno excepcional del Liceo Voltaire, se sintió atraído desde muy joven por innumerables carreras —la medicina entre otras, si mal no recuerdo. Fue brillante en la Sorborna y, muy joven, aprobó sin problemas su admisión en historia y geografía. En ese entonces ambas disciplinas se estudiaban juntas (hizo falta Vichy, curiosamente, para separarlas). Fernand Braudel admiraba al geógrafo Albert Demangeon y al historiador Henri Hauser. Por la frecuente lectura de las obras de ambos maestros, hoy demasiado olvidados, terminó por inspirarse en uno y en otro. Sin embargo, el tema de tesis que eligió en 1923 (¡a los veintiún años!) versaba muy clásicamente sobre la política mediterránea de Felipe II, tema diplomático-político en boga en esa época, una moda correosa que supo transfigurar invirtiendo los términos del tema.

Y sobre todo al conocer ese mar interior desde Argelia y su "Gran Liceo" —que se convirtió en el Liceo Bugeaud— en donde enseñó durante ocho años. Uno de sus alumnos de los años treinta, que se hizo mi amigo, me platicaba del joven Braudel con el entusiasmo y la especie de adoración que saben guardar los septuagenarios cuando siguen siendo jóvenes. Bien parecido, apasionado, inesperado, sólido, exigente, siempre brillante, un poco teatral como todos los grandes profesores, irradiando alegría. Al recordarle todo esto, Braudel, muy conmovido, me transmitió toda la felicidad que conoció en Argelia, "el único lugar en el que me sentí verdaderamente inteligente".

Desde Argelia, este profesor de secundaria comenzó a publicar artículos, que al principio fueron sólo relatos. El primero de ellos debe datar de 1927. Apareció, como otros, en la *Revue Africaine* y trataba sobre la historia. . . de Argelia. Le siguieron una docena más, desplazándose lentamente hacia la historia española y portuguesa; un poco más tarde, hacia la italiana. De paso, hablaba con placer del mundo islámico y de las asociaciones de estudiantes musulmanes (*Revue Africaine*, 1930).

Pasaba las vacaciones escolares recorriendo los archivos mediterráneos. El regreso a París y, posteriormente, la partida a Brasil (1935-1937), fueron cuna de amistades que contribuyeron al avance del futuro *Mediterráneo*. Se sabe que fue escrito en un campo de prisioneros, sobre unos cuadernos de estudiantes que fueron confiados a Lucien Febvre quien, previendo el perfeccionismo de su discípulo, renunció a separarse de ellos. Y el libro fue dedicado "en testimonio de reconocimiento y afecto filial". Es el momento de expresar franqueza y precisión. Obra fascinante, el *Mediterráneo* ha marcado a dos generaciones de historiadores, antes de llegar a lo mejor del gran público, al igual que los tres volúmenes aparecidos en 1979 (*Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*). La primera gran obra,

como tampoco la segunda, no creó la "historia nueva": ésta es bastante anterior; la fórmula sí es posterior, y como tal, sobradamente estropeada.

Braudel nunca persiguió lo < évènementiel > de la historia, a pesar de lo que leamos en las últimas trescientas sesenta páginas del primer *Mediterráneo*, recuento de batallas, de negociaciones y de piraterías, dominado y sublimado por la pluma magistral de Fernand Braudel. Recordemos que participó valerosamente, desde 1980, en la lucha por el retorno a una enseñanza seria y fechable de la historia básica, al menos para los niños y adolescentes quienes no saben todavía cómo asimilar los trabajos fascinantes de la escuela de *Annales*.

Una escuela (¿fue acaso una escuela?) que no proclamó su novedad sino que la mostró. Esto desde 1929, cuando Marc Bloch y Lucien Febvre publicaron los primeros *Annales de Historia económica y social* con la ayuda y colaboración de Demangeon, de Halbwachs (el sociólogo), de Charles Rist (el economista) y de André Siegfried, probando con ello que la pluridisciplinariedad había sido inventada, así como la correspondencia entre presente-pasado, temática braudeliiana por excelencia.

Desde entonces March Bloch, desaparecido prematuramente, ya se preocupaba por el arado, el molino, el oro, las monedas, la nobleza mientras sus estimados colegas desgranaban emperadores, papas, diplomáticos y ministros. Al aburrimiento del mecanismo mnemotécnico sucedía la cálida visión de hombres de sociedad, la grandeza de las economías aprehendidas concretamente y el estudio bosquejado de las creencias, de las culturas y de las civilizaciones.

En gran parte hijo espiritual de dos creadores, Braudel amplió el horizonte, magnificó los puntos de vista, creó la historia en "tres velocidades"; la lenta, estructural (mas no estructuralista); la media, coyuntural, que apasionó mucho más; y la acelerada, aquélla de los hechos y de los hombres, a veces pequeños, pero no siempre. Posteriormente abogó por la "larga duración" (¿fue acaso comprendido?). El mismo contribuyó muchísimo a ampliar las aportaciones de los antiguos *Annales*, renovados en 1946-1947. Al mismo tiempo, el enamorado del Mediterráneo reveló sus aptitudes tan formidables como sutiles, de empresario, de gerente y de descubridor de hombres.

Organizador sin igual

Lucien Febvre —nuevamente— había preparado bien el terreno. Este normalista brillante, profundo, erudito, agresivo en ocasiones, podía mostrar la sutileza y la astucia de un político; conocía a algunos especímenes de este tipo, en su mayor parte bien colocados. Supo cómo sugerirles que se abriera una "sexta sección" dedicada a las ciencias económicas y sociales en la Escuela Prá-

Una escuela (¿fue acaso una escuela?) que no proclamó su novedad sino que la mostró.



De una antigua prisión (Cherche-Midi) supo edificar un palacio de cristal en donde estableció con una alegría desmesurada, la casa de las Ciencias del Hombre, y de "Altos estudios", rebautizados, renovados, agrandados.

tica de Altos Estudios, fundada por Napoleón III. En ella se instaló „un puñado de profesores, la élite de la economía, la etnología, el derecho, la sociología y, por supuesto, de la historia estilo *Annales*, en locales modestos, prestados o rentados. Era 1946.

Febvre imperial, rebosando humor y autoridad, presidía. A su lado, Braudel ocupaba aparentemente el puesto de secretario. Febvre ya lo había nombrado codirector de *esos Annales* rejuvenecidos. Posteriormente le cedió prácticamente su cargo en el Colegio de Francia (1949) y contribuyó a su designación como presidente del jurado de oposiciones, puesto estratégico, antes de dejarle la presidencia de una "sexta sección" que ya se había cuadruplicado al momento de su deceso en 1956.

Admirablemente instalado en puestos "claves", Braudel reinaría, cual déspota sonríen te. e iluminado, buen amigo, severo, a veces imprevisiblejOrganizador sin igual, descubridor de talentos y de fondos de toda clase, mobiliarios e inmobiliarios, fuertemente ligado a las grandes fundaciones internacionales, principalmente norteamericanas. De una antigua prisión (Cherche-Midi) supo edificar un palacio de cristal en donde estableció con una alegría desmesurada, la Casa de las Ciencias del Hombre y de "Altos Estudios", rebautizados, renovados, agrandados. Como presidente del jurado de los concursos tradicionales de oposición, desempolvó un poco los programas, les inyectó un poco de economía y de ciencias sociales y, sobre todo, descubrió, de un solo vistazo generalmente infalible, a los jóvenes que mostraban empuje o consistencia, o ambos, la mayoría de quienes lo siguieron a Altos Estudios, hasta el Colegio y todavía están allí.

Acrecentando siempre su territorio, creó en la "Escuela" nuevos seminarios; invitó a extranjeros prestigiados o prometedores; lanzó varias series de publicaciones; amplió y diversificó *Annales*. En Italia, cada primavera, junto con su amigo Meiis (prematuramente desaparecido) presidía la Semana de Prato, punto de reunión sobre un tema determinado de una élite de historiadores casi mundial. En el intervalo se dedicaba a viajar y a platicar por todo el mundo. Una veintena de universidades le otorgó el título de doctor *honoris causa* —éste debió ser un récord—, una decena de academias lo nombraron su correspondiente, mientras la nuestra no tiene el honor sino de haberlo acogido demasiado tarde. Recibía honores y distinciones con un verdadero regocijo interior pero sin la menor ostentación. Conociendo perfectamente su valía, practicaba la modestia y el buen humor que constituían las características de su verdadera genialidad.

En el pequeño mundo no siempre exaltante de los historiadores franceses, la fuerza y el magnífico talento de Braudel suscitaban reticencias y probablemente envidias que, en todo caso, eran ineficaces ya que el hombre sabía defenderse: una sonrisa a veces era más que suficiente. Quienquiera que haya sido invitado fuera de Francia, puede testificar el respeto y la admiración que se le

tenía a su obra y a su persona. Mejor que muchos otros sirvió magníficamente a su país, al que amó tanto que le consagró su último libro. Contamos ya con un volumen, posiblemente dos. Lo poco que decidía decir, fascinaba.

Fernand Braudel engrandeció, magnificó, institucionalizó e hizo evolucionar el espíritu de los primeros *Anuales*, aquéllos de 1929. Retirado sin alegría en 1972, pasó la bandera a sus mejores amigos y discípulos, refugiándose en la dicha de la escritura, consentido y mimado por los suyos. Los términos de "padre" y, sobre todo, el de "papa" de la historia nueva que se le aplicaron, no le agradaban mayormente. No tenía característica de papa y los eslogans tomados prestados de un mundo publicitario mediocre le importaban muy poco. Estaba más allá y por encima de esas emociones y le bastaba ser Fernand Braudel, esa luz.

Traducción Gabriela Colín
Tomado de *Le Monde*

Aunque me irritara a menudo también me revelaba siempre algo importante, sobre nuestra sociedad, sobre nuestro siglo.

Algunos recuerdos

Pierre Vilar

Anteayer, 29 de noviembre, a las cuatro de la tarde salía de mi seminario, rodeado de jóvenes amigos españoles y americanos, en el moderno edificio del Boulevard Raspail que alberga la Maison des Sciences de l'Homme y la Ecole des Hautes Etudes de Sciences Sociales, cuando oímos una voz: Braudelhamuerto. De pronto el edificio me pareció vacío. Y mi vida un tanto cambiada, imperceptiblemente como es natural, pero ya no era la misma.

Porque el mundo está hecho, para cada uno de nosotros, de las miradas que ponen sobre uno mismo los hombres que escogemos, las miradas que Braude! dirigía al mundo y también las miradas que el mundo posaba sobre él. Aunque me irritara a menudo también me revelaba siempre algo importante, sobre nuestra sociedad, sobre nuestro siglo.

Sin embargo, le veía poco en estos últimos años en que se había convertido en uno de los personajes clave de la *intelligentsia* parisina. La última vez que le vi, con ocasión de su entrada en la Academia Francesa, no pudo evitar, bajo los bordados del *habit uert*, mirarme sin retener sus ganas de reír. A menudo nos entendíamos de esta manera, sin necesidad de hablarnos. Su capa-